

LIBRO SÉPTIMO

BAJO IMPERIO.—La Germania.—Constantino y sus sucesores.—Nueva constitución.—Reacción del paganismo.—Triunfo del catolicismo.—División del Imperio.—Invasión de los bárbaros.—Fin del imperio de Occidente.—La Iglesia.—Literatura profana y sagrada.

CAPÍTULO PRIMERO

LA GERMANIA

Hallábase, pues, dividido el mundo en tres grandes imperios: romano, persa y chino. Separado el último por un espacio inmenso y por una multitud de pueblos bárbaros, ejercía su influjo á la extremidad del Asia, sin conocer los otros dos más que por algunas incursiones de los partos y por las relaciones de su comercio que sustentaba el lujo de Roma. Habíase desarrollado el poderío de los persas, llegando quizá á ser tan formidable como lo es actualmente el poderío de los rusos, y pareciendo el único que se hallaba en estado de rivalizar con el del Capitolio. El despotismo oriental que reinaba en aquellas comarcas se oponía á que pudieran ser contados sus moradores entre el número de los pueblos civilizados, aun cuando les separasen de los bárbaros las artes de la paz y el refinamiento del lujo: allí las leyes mantenían el orden, pero sin prosperidad pública ni justicia; la cultura intelectual tenía por objeto, no la ilustración, sino la lisonja; alejábase la religión de la idolatría lo bastante para tranquilizar la razón, y muy poco para purificar los afectos.

Hermanos de aquellos pueblos orientales los del Norte debían ser más funestos á Roma que los cuarenta millones de hombres que prestaban obediencia al rey de los reyes. Vírgenes todavía y vigorosos, aguardaban la señal de Dios para arrojar-se sobre Roma y vengar al universo.

Desde el origen de las sociedades políticas la raza denominada indo germánica se extendió sobre la haz de la tierra en diferentes direcciones. En-

caminándose hacia la Persia, la India, el Tíbet, crearon allí ó conservaron una civilización cuyos vestigios consultan ahora los sabios en los Vedas, en los poemas inmensos del Ramayana y del Mahabharata, en el Zendavesta, así como en los templos-grutas y en las pagodas, ó en las ruinas de Chil-Minar, Ninive y Babilonia.

Otros costeando el mar Negro y el mar Caspio se diseminaron desde la Siberia hasta el Ponto Euxino é inundaron la Europa por tres puntos. Cruzando parte de ellos las montañas de la Tracia, la Macedonia y la Iliria, llegaron á fijar su asiento en medio de los olivares y de los laureles de la Grecia. Bajo la influencia de aquel suave clima, aspirando aquel límpido ambiente, templada su imaginación fogosa por el sentimiento armónico, rayó allí en el más perfecto tipo de lo bello. Pero en la época á que llegamos ha terminado su misión la raza griega, y no se envanece ya más que con sus recuerdos, mientras que en el teatro político aparecían las razas de los godos y de los teutones, que una larga separación ha hecho del todo diferentes, aun cuando el lenguaje atestigue todavía un común origen. Cuando los germanos llegaron á Europa la encontraron ocupada por tres emigraciones anteriores, la de los iberos, la de los fineses, y la de los celtas. Ya los primeros se habían circunscrito á España; los otros se habían esparcido hacia el Báltico, en tanto que ocupaban el centro de Europa los celtas, que, vencidos tal vez por los germanos, se lanzaron hasta Italia.

Pudieron efectuar los germanos este tránsito hacia el año correspondiente á catorce siglos antes de J. C., y en el espacio de ocho ó nueve siglos se derramaron desde el Dniester hasta el Prut y por todo el país entre los montes Urales y Carpatos. Inclínándose de continuo á Occidente y arrollando á los cimbras, si bien empujados á su vez por los eslavos, encontraron en tiempo de Augusto la barrera del imperio romano: tornáronse, pues, contra los eslavos, y después de haberles repelido, les fué dado fijar su residencia de una manera estable.

A la sazón ocupaba la raza gótica las selvas de la Escandinavia: ejercitaba la raza teutónica su natural vigor á orillas del Rhin y del Elba, y, confiando en su indómita bravura, conservaban cuidadosamente su independencia.

Los primeros germanos conocidos de los romanos son los puestos avanzados que César encontró en las fronteras de la Galia; errantes, desordenados, sin propiedad ni agricultura, ni más afán que la destrucción. Tácito les conoció en las dos orillas del Rhin y a pesar del desorden de la emigración, reconoció en ellos caracteres de prosperidad y de belleza. Sabe, además, que detrás de estas poblaciones movibles, existen otras fijas, con trabajo, propiedad, bienes hereditarios y culto público; pero sus conocimientos se detienen como los ejércitos romanos, en el Elba, y no conoce de allí más que los nombres. Entre éstos nombres, sin embargo, distingue los *gottones*, rama de la gran nación de los gético-godos, y los *suiones*, padres de los suecos y de los escandinavos.

Estas dos naciones tenían tradiciones antiguas, y por su idioma nos es fácil distinguir las dos razas. Con efecto, la de la primera se halla divulgada en las islas y en las penínsulas septentrionales; llevada desde allí á Islandia por los normandos conservó su originalidad hasta el punto de ser llamada en lo sucesivo islandesa, á la par que se alteró en los tres reinos del Norte, dando cuna á muchos dialectos; aproximándose más á su origen en las islas Féroe, alejándose luego poco á poco en la Suecia, en la Noruega, hasta que se mezcló completamente en Dinamarca, en una proporción igual con el idioma teutónico.

Este último hubo de dividirse en alto y bajo teutón desde muy largo tiempo: al primero se enlazan el bávaro, el borgoñón, el franco, el longobardo; subdividióse después el otro en alto sajón, en anglo-sajón y en frisón: nos quedan del primero de estos algunos documentos de los siglos octavo y nono en Sajonia, en Westfalia y en los Países Bajos: se refiere al segundo la lengua hablada en Inglaterra durante el mismo período; al tercero los demás dialectos que nacieron en el sudeste de la Gran Bretaña en el siglo décimo tercio y en el siguiente.

Sin embargo, en apoyo de estas divisiones solo tenemos conjeturas, atendido á que los obstinados estudios de muchos sabios filólogos alemanes no

nos han suministrado todavía una clasificación precisa (1). Todavía supieron menos los antiguos distinguir tales poblaciones: unas veces aplicaron el nombre genérico á una tribu particular y viceversa; otras tomaron por un nombre propio el de federación, ó una designación expresiva de alguna circunstancia de localidad ó de costumbres. Por eso llamaron á una población particularmente con el nombre de dacios, que en nuestro sentir abarcó antiguamente á toda la inmensa nación que hacía la guerra á Roma desde las riberas del Eufrates á las del Rhin (*Deutsch*), y cuyos caracteres hemos notado más arriba (2).

No fueron reconocidos como una nación particular por griegos ni romanos los que se establecieron al Norte de Europa. Primero los confundieron con los escitas, denominando á veces de este modo á cuantos habitaban al Norte del Ister y del Ponto Euxino, hasta cuando desaparecieron los escitas de la historia mezclándose con los sármatas ó cuando se vieron empujados al Nordeste de la Rusia. Bajo Augusto los romanos tuvieron que habérselas con los pueblos de las inmediaciones del Danubio, y los distinguieron con el nombre de germanos, aplicado probablemente por los galos á alguna horda procedente del otro lado del Rhin. Desde entonces fue común esta denominación á toda la nación que

(1) Véanse: TÁCITO *De situ, moribus et populis Germania*. CÉSAR, *De bello gallico*.

PLINIO, *Historia Natural*.

POMONIO MELA, *De situ orbis*.

ANTON, — *Geschichte der Germanen*. Leipzig, 1793.

MAIER, *Germaniens Urverfassung*, 1798.

ROGGE, — *Das Geschichtswesen der Germanen*. Halle, 1820.

BARTH, *Deutschlands Urgeschichte*, 1820.

EICHHORN, — *Deutsche Staats und Rechtsgeschichte*. Göttinga, 1821.

MAURERER, — *Geschichte des Altgermanischen Gerichtsverfahrens*. Heidelberg, 1821.

WILHELM, — *Germania und seine Bewohner*. Weimar, 1823, con dos mapas.

LUDEN, — *Gesch. des Deutschen Volks*. Gota, 1826.

GRIMM, — *Deutsche Rechtsalterthümer*. Göttinga, 1828.

LEDEBUR, — *Das Land und Volk der Bruederer*. Berlin, 1827.

PFISTER, — *Gesch. der Deutschen*. Hamburgo, 1829.

PHILIPS, — *Deutsche Geschichte*. Berlin, 1832.

G. KLEMM, — *Handbuch der Germanischer Alterthumskunde*. Dresde, 1836.

SCHLOEZER, *Historia del Norte* (alemán).

ADELUNG, — *Historia antigua de los teutones* (alemán).

STRITTER, *Memorie populorum ex historiis byzantinis eruta*.

HALLING, — *Historia de los escitas y de los alemanes hasta nuestros días*. Berlin, 1835.

(2) Véase t. I, pág. 377.—El origen persa de los dacios puede apoyarse en numerosos monumentos relativos á Mitra, que se encuentran en la Transilvania. Pueden verse en HEYNE, *Beyträge zur dacischen Geschichte*. Hermans-tadt, 1836.

moraba en el primer siglo desde el Rhin hasta los montes Carpatos y el Vístula, desde el mar Báltico y desde el mar Germánico hasta el monte Cetio (*Kalemberg*) y el Danubio; y no se habla aquí de los diferentes pueblos esparcidos á lo largo de este último río hasta el Euxino, ni de los que se hallaban establecidos en la Escandinavia.

Estas diversas poblaciones, que se daban quizá á sí propias el nombre de dacios (*Deutsch*) ó de teutones, en general, sacaban de circunstancias particulares sus denominaciones especiales; así los suevos, de *sehweisen*, errar ó de *swe, see*, mar: los sajones, de *sitzen*, estar sentado, ó de *sachs, sahs*, espada corta: los longobardos, de sus alabardas y de sus largas barbas: los francos de *franke*, lanza (3): los marcomanos á consecuencia de residir á la intermediación de la frontera (*marca*); los vándalos, de *wand*, agua, porque moraban tal vez junto al mar ó á orillas de un caudaloso río.

Pero aun estos nombres están mal determinados, y nace una nueva confusión de la costumbre que tenían los antiguos de atribuir á los pueblos débiles y vencidos el nombre de la nación prepotente y victoriosa. Así Plinio (4) llama vándalos á todos los pueblos del NE. de Europa, porque los vándalos dominaban allí entonces, á la par que César coloca á muchas de aquellas tribus entre los suevos, poderosísimos en su tiempo.

No estamos ciertos de que hayan existido realmente las federaciones mencionadas por algunos autores: como la de los isvetones, á la cual pertenecían los queruscos, y fué denominada enseguida de los francos; la de los ingevones, comprendiendo á los frisones y á los caucios, y llamada posteriormente de los sajones: la de los ermiones, de que formaban parte los suevos, los marcomanos, después los alemanes; y la de los germanos orientales, subdivididos en burgundos, gépidos, vándalos y godos. Estas federaciones, análogas á las de los antiguos etruscos y á las de los modernos suizos, hubieron de formarse, según su aserto, para asistir al poder romano, y más tarde para destruirlo.

Verdaderamente no encontramos en aquellas comarcas más que una multitud de naciones alternativamente enemigas ó aliadas, según la necesidad del momento, cuyas vicisitudes sería tan imposible seguir como las mudanzas que hace sufrir el soplo de los vientos á la abrasada superficie del desierto.

Sin embargo, parece que hacia el segundo siglo predominaron algunas de estas poblaciones sobre las otras, de manera que constituyeron ocho nacio-

nes, que hubieron de ser las de los vándalos, burgundos, longobardos, godos, suevos, alemanes, sajones y francos.

Sajones.—No menciona Tácito á los sajones (5), que más tarde disputaron á Carlo-magno el imperio del Norte; y apenas indican los mapas de Tolomeo la Península Címbrica y las tres pequeñas islas hacia la embocadura del Elba, de donde salió este pueblo. Empezó por aventurarse al mar en barquillas chatas y ligeras (6), á propósito para remontar hasta cien millas y más la corriente de los ríos, y para ser trasladadas de uno á otro. Antes de abandonar la ribera enemiga inmolaban con tormentos atroces la décima parte de los prisioneros, que se sacaban á la suerte. Dedicándose es seguida á hacer el corso, se lanzaron á alta mar y amenazaron la Galia y la Bretaña. Vióseles remontar en el Sena y el Rhin, trasladar sus barcas hasta el Ródano, descender al Mediterráneo y tornar á ganar por las columnas de Hércules sus helados países.

Poco numerosos al principio, cuando se hubieron enriquecido con la piratería y señalado por su bravura, hallaron entre los pueblos del Báltico innumerables compañeros para sus expediciones. Estos adoptan su nombre, y habiéndose unido á ellos en virtud de matrimonios por la comunidad de peligros, por la obediencia á unos mismos jefes, resultó de aquí la liga de los sajones. Llegó á ser tan formidable, que uno de los seis condes del imperio carlovingio estaba destinado especialmente á la frontera sajona (*comes littoris saxonici per Britanniam*) con tropas especiales para la defensa de las costas expuestas á las agresiones de los piratas. Aquella frontera comprendía todo el litoral de la Bretaña continental, donde tenía este conde su residencia, las costas de la Galia al N. y al Occidente, el Paso armónico y el nercicano (*Normandia*), lo cual formaba cinco provincias, con más la segunda Bélgica.

Cuando cambiaron los francos de patria pasaron los sajones el Elba, y entrando en la Francia primitiva entre el Weser y el Rhin, sometieron ó se asociaron á los que habían quedado en aquel punto; después dieron al país el nombre de Sajonia. Dividiéronse allí en ostfalianos ó sajones orientales en el Hannover; westfalianos occidentales y angrianos, habitando el país intermedio á lo largo del Weser.

Suevos.—Los suevos, ora como nación particular, ora como confederación de muchos pueblos, ocupaban el alto Danubio y el alto Rhin, dilatándose hasta las orillas del Vístula y del Báltico. Inquietos y aventureros los hallamos en muy diferentes

(3) *Framca*. Otros han pretendido sacar su nombre de franco significando hombre libre; pero no aparece que se usara de esta significación entre los teutones. Algunos dicen *Franci a feritate*, etimología en cuyo punto vienen *frech, frech, vrek, vrang*, que en los dialectos germánicos significan precisamente, duro, áspero, feroz.

(4) *Hist. Nat.*, IV, 28, 2.

(5) T. MOELLER, — *Saxones; comm. histórica*. Berlin, 1830.

(6) *Qnin et Armoricus piratam Saxona tractus Sperabat, cui pelle salum sulcare britannum Ludus, et assuto glaucum mare findere lembo.*

SIDONIO, *Paneg. Aviti*, 369.

países (7). Posteriormente una parte de ellos se une á los alanos y á los vándalos para invadir la Galia y España: otros se encuentran mezclados con los alemanes, y se confunden ambos nombres.

Entre los suevos y los sajones se hallaba la residencia de los francos, de que hablaremos, como de los godos, muy pronto con el debido detenimiento.

Longobardos.—Agotadas las fuerzas de los que-ruscus por la generosa tentativa de Hermenio y su mal resultado, dejaron á los longobardos invadir el país más arriba del alto Weser y ganar hasta el Rhin. Desde allí bajaron más tarde á Italia para reinar el ella.

Vándalos.—Ardía la guerra contra los marcomanos cuando los vándalos se acercaron también al imperio. Es de creer que habitaron parte de la Bohemia y de la Lusacia, dividiéronse enseguida en dos bandas, una de ellas se dirigió al Occidente con su antiguo nombre, otra hacia el Oriente con el de hastingos. El grueso de la nación permaneció en el país hasta principios del siglo v (8).

Borgoñones.—Los burgundos ó burgundiones, hermanos de los vándalos (9), residieron primeramente entre el Viadra y el Vístula, pero asaltados por los gépidos en el siglo iii, cruzaron la Germania y se establecieron al lado de los alemanes, con los cuales hicieron frecuentes guerras por la posesión de varios territorios y de diversas salinas.

Entre los germanos eran los de estatura más elevada y de costumbres menos feroces, lo cual hizo que la Galia no tuviera que padecer á consecuencia de sus irrupciones: fueron fieles aliados para el imperio (10). Amando sobre todo la libertad, vivían por tribus, obedeciendo á *hendinos* ó ancianos, á quienes deponían cuando las malas cosechas ó algún desastre eran para ellos un testimonio de que eran reprobados por los dioses.

Sármatas.—Hay que contar además á los sármatas, á quienes Herodoto, que los menciona antes que otro alguno, hace nacer de los escitas y de las amazonas (11). Hipócrates los señala también como de raza escita; dice que son morenos, de pequeña estatura, gruesos, de complexión linfática y muelle, poco fecundos (12). Cuando Mitrí-

(7) Además de la Suabia, otros tres países conservan todavía su nombre; uno en las cercanías de Amberes, otro hacia Sissek, entre el Drava y el Sava; este pertenecía á los ostrogodos de Italia. Por último, se llamaba Cantón de los suevos (*Scheva-Gau*), aquél en que Sigeberto estableció en 568 seis mil suevos para oponerse á las invasiones de los sajones en el Harz, es decir, en los países de Halberstadt, Mansfeld, Stolberg y Hoenstein.

(8) Véase LUIS MARCUS.—*Historia de los vándalos desde su primera aparición en la escena histórica, hasta la destrucción de su imperio en Africa*. Dijón, 1836.

(9) PLINIO *Hist. nat.*, IV, 28.

(10) PAULO OROSIO, VII, 32.

(11) HERODOTO, IV, 110, 117.

(12) *De aqua et locis*, cap. 6.

dates se proponía entrar en Italia por el NE., de donde vinieron enseguida los godos, excitó á los sármatas á cruzar el Tanais, y á anonadar á los escitas, lo cual realizaron á costa de grandes esfuerzos; y entonces se extendieron desde las riberas de aquel río hasta las montañas de la Transilvania por una parte, y hasta la embocadura del Vístula por otra, revolución á que aludía Plinio, diciendo: «Ha desaparecido el nombre de los escitas, cediendo el puesto al de los germanos y sármatas (13).» Esta horda conquistadora, que dió su nombre al país que había avasallado, no destruyó las poblaciones primitivas, andaba errante, á caballo los hombres, en carros cubiertos con pieles las mujeres y los niños, llevando por delante sus rebaños y viviendo de leche, de carne, de pastas y de mijo, y á veces hasta de la sangre de sus corceles. A falta de hierro cubrían sus armaduras con garras de aves y cuernos de animales. Completamente extraños á los combates á pié, llevaban en pos de sí dos ó tres caballos para montarlos cuando el primero se rendía á la fatiga. Independientemente de las flechas y de la lanza se servían de ciertos nudos corredizos con los cuales cogían á los hombres como en una trampa. Obligaban á pelear á las mujeres, y la que no daba muerte á un enemigo era notada de infamia. Sacrificaban hombres y caballos al dios de la guerra, representado bajo la figura de una espada.

Entre el número de las poblaciones sármatas que descendieron á Europa, se mostraron especialmente temibles los roxolanos y los yazigos; viéronse los romanos en la necesidad de levantar contra aquellos infatigables saqueadores una muralla entre el Teis y el Danubio, sin que por eso alcanzaran sosiego.

Constitución física.—Hacían rigurosísimo el clima de la Germania sus pantanos sin número, las selvas de abetos con que estaba cubierta y que parecían más á propósito para guarida de fieras que para morada de hombres. Cecina se metió por un vasto aguazal de que actualmente no queda rastro. Sidonio Apolinario nos dice que el Elba recorría una pantanosa cuenca; otro tanto debía acontecer con los demás ríos caudalosos cuyas furiosas avenidas se extendían á lo lejos.

Cubría la selva Herciniana las dos terceras partes de la Germania: la selva llamada Carbonaria, la mitad de la Galia Bélgica; y la selva Negra, el Spessart, el Hartzwald, y los bosques que se prolongan desde la Turingia hasta la Bohemia, no son más que débil rastro de aquella. Los uros, las dantías, los bisontes, confinados actualmente á Polonia y á Suecia, se multiplicaban allí á porfía. Pastaban los animales domésticos, flacos y disformes, aunque numerosos, en inmensas llanuras cubiertas de mul-

(13) *Hist. nat.*, IV, 26, 2. Véase BAYER, *Conversiones rerum scythicarum*. Memorias de la Academia de San Petersburgo.

titud de gansos; y no crecían trigo, cebada, ni árboles frutales en las colinas ornadas ahora de viñedos.

El hombre de alta estatura, y muy robusto, con los ojos azules y la cabellera roja (14), vivía de lo que producía la tierra, de carne y de leche sin preparación ninguna, y de una bebida fermentada. Se cubría con pieles y toscos tejidos de lana ó de lino: gastaban los ricos vestidos ajustados, los pobres un manto que dejaba desnuda gran parte del cuerpo, las mujeres una túnica blanca adornada con cintas.

Habitaban en chozas separadas, en los lugares donde les atraía un manantial, una selva, un pasto. Algunos buscaban albergue contra el invierno ó contra el enemigo en grutas subterráneas, que todavía se encuentran actualmente; hallábanse pocas ciudades, y ninguna de ellas estaba ceñida con murallas. A veces rodeaban su territorio vastas soledades, uso que también se advierte entre los salvajes de América, y que tenía por objeto inspirar terror precaviéndose contra las agresiones repentinas. Estos hábitos impedían que entre aquellos pueblos se pudiera establecer y consolidar un orden político fundado sobre el régimen municipal como entre los griegos y entre los romanos. Prohibíanse á los suevos las habitaciones fijas, algunos ni aún conocían la propiedad inmueble; pero todos los años se distribuía á cada familia una porción de terreno proporcionada al número y á la clase de sus miembros; hecha luego la cosecha (15) volvía á la comunidad la tierra (*allmende*). Era, pues, fácil desalojar á las tribus siempre que un motivo particular lo hacía necesario. Sin embargo, los sajones, los burgundos y otras tribus prefirieron á la vida nómada la vida agrícola y sedentaria. Otros tenían costumbre de renovar las tierras dejándolas baldías cada tres años, uso que se conservó en la alta Germania.

Tradiciones.—No tienen los germanos ninguna historia propia, sino sólo algunas tradiciones que han sobrevivido y documentos posteriores en que se han fundido algunas de ellas. Hablaron de ellos los latinos y los griegos, primeramente por las relaciones de los viajeros, después á causa de sus invasiones en tiempo de los Brenos; más tarde cuando fué llevada la guerra á su país en la época de César, y por último, cuando se desbordaron sobre

(14) *Hic ego cui recitem nisi flavis scripta Corallis, Quasque alias gentes barbarus Ister habet?*

OVIDIO, de Pont, IV, 2.

Mixta sit hæc (gens) quamvis inter Grajosque Getasque.

A male pacatis plus habet ora Getis.

Vox fera, trux vultus, verissima Martis imago,

Non coma, non ulla barba, resecta manu.

TRIST., V, 7.

(15) Todavía subsiste este uso en la isla de Cerdeña, y los esfuerzos del gobierno para desarraigarlo, chocan en obstáculos invencibles.

el imperio. De consiguiente son diversísimos los relatos concernientes á ellos, debiendo cambiar naturalmente en el intervalo su condición exterior é interior. Además, los latinos no comprendían tampoco una sociedad tan diferente de la suya, ó bien la reducían á una significación muy distante de la verdad (16).

Las leyes redactadas por los germanos después de su establecimiento en el territorio romano, participan de su índole primitiva, si bien con alteraciones que son resultado de su emigración del suelo nativo y de las nuevas relaciones contraídas con los vencidos. Otras han sido recogidas tardamente entre los pueblos residentes en sus hogares (17). Por lo que hace á las tradiciones, además de que son vagas, bosquejan quizá hechos extremadamente antiguos, habiendo contribuido durante cierto tiempo á constituir la sociedad en un estado no conocido por nosotros.

Es, pues, lanzarse á lo falso tomar sin distinción rasgos de los unos y de los otros, creyendo hacer de este modo el retrato de los germanos en el tiempo en que tan interesantísimo es para nosotros estudiarlos, es decir, al verificar su gran invasión.

Religión.—A diferencia de los galos no tenían los germanos una casta sacerdotal que reuniera en el ejercicio de un culto sistemático las poblaciones diseminadas. Por eso sus tribus aisladas y errantes en medio de naciones diferentes alteraron sus creencias hasta tal punto, que ha sido imposible hasta ahora á los eruditos reducirlas en conjunto á un pensamiento. Tácito y César nos presentan sus divinidades bajo el nombre de dioses griegos. Más fiel el Edda recogió las tradiciones nacionales, si bien cuando ya esta religión se había extinguido (18). Su mitología, conforme el carácter del

(16) Ya hemos hablado anteriormente de la *Germania* de Tácito.

(17) Como el *Sachsenspiegel*, ó espejo de Sajonia (1215-1235), y el *Schwabenspiegel*, ó Espejo de Suabia (1268-1282).

(18) Sobre la mitología y la poesía germánicas pueden ser consultados:

Studien von DAUE und CREUZER, 4 tomos.

GRIMM, *Sobre el origen de la antigua poesía alemana y sobre sus relaciones con la del Norte*. Nos ofrece semejanzas sorprendentes entre las tradiciones de Asia, de Grecia y de las regiones septentrionales.

Entre los que han publicado y comentado el Edda, merecen ser consultados:

NYERUST (danés).—*Diccionario de la mitología escandinava*. Copenhague, 1816.

P. E. MUELLER.—*Sagabibliotek*. Berlín, 1816.—*Edda, oder die Achtheit der Asalhere*. Copenhague, 1812.

MUENTER, *Die Odínische religion*.

Entre los alemanes han tratado también este asunto en obras y en periódicos: los hermanos GRIMM, *Deutsche Mythologie*. Gottinga, 1835. BUSCHING, DOCEN, BARTH, *Die Altdenksche Religion*. Leipzig, 1835; LACHMANN, HAGEN, GOTTING, GOERRES, BENEKE...

MONE ha publicado una mitología del Norte más com-

plena.